

Sección internacional

REINO UNIDO

El programa de la "Dama de Hierro"

La Gran Bretaña inició el decenio de los ochenta en medio de una compleja crisis económica que plantea profundos interrogantes sobre su futura evolución política y social. La crisis inglesa es contradictoria, porque —en cierto sentido— puede parecer menos grave que las que afectan a otros países de Europa Occidental o, incluso, a Estados Unidos. Dicha apreciación puede surgir de un examen de las cifras relativas correspondientes a los últimos diez años, pero la aparente ventaja británica no es más que una expresión de la debilidad constitucional de la organización económica y social del país con respecto a otras naciones capitalistas desarrolladas. La menor profundidad aparente de la crisis en la Gran Bretaña sólo indica una mala situación general, ante la cual las cifras correspondientes al estancamiento o a la recesión no parecen tan serias como en otros países. Empero, la verdad es que la recesión es muy pronunciada y ofrece difíciles perspectivas para la nación que, antes de la segunda guerra mundial, fuera líder de Europa.

En los tres primeros años del decenio pasado la economía británica creció a una tasa anual promedio de 2.5% y en 1973 experimentó una fuerte expansión, que elevó el producto interno bruto (a precios de mercado) en 7%, una marca más alta que cualquier otro de los grandes países capitalistas europeos, incluso la República Federal de Alemania (RFA).¹ Sin embargo, la recesión que siguió al auge fue la más profunda y prolongada desde la terminación de la segunda guerra mundial. Esta circunstancia tampoco fue excesivamente grave en términos comparativos, puesto que todos los grandes países

capitalistas industrializados pasaron por una situación similar. Lo grave para el Reino Unido fue que, una vez pasada la onda recesiva, su economía siguió sujeta a una tasa muy débil de crecimiento, en comparación con los otros grandes países europeos, Estados Unidos y Japón. El retroceso, a su vez, fue particularmente fuerte en la producción industrial y el Reino Unido sigue, desde entonces, retrasado y perdiendo ventajas con respecto al resto de Europa, a pesar de que el país, junto con Noruega, es el único del continente favorecido con la producción de petróleo, que cubrió, en 1977, la mitad del consumo de ese producto.

El receso y la crisis de acumulación

Aunque en 1978 se reactivaron la demanda y el consumo privados debido a una mejora en los términos del intercambio y al aporte del petróleo a la balanza de pagos, que fue de singular importancia para contener la caída de la libra esterlina, la mejora no alcanzó a modificar sustancialmente el panorama de la industria y de las inversiones privadas. En dicho año, la producción manufacturera estaba 5% debajo de la correspondiente al cuarto trimestre de 1973 y lo mismo sucedía con el nivel de empleo y el desenvolvimiento de las inversiones productivas. Las realizadas en la industria eran, en el primer semestre de 1978, 10% menores que en igual período de 1970. A pesar de que el producto bruto creció desde 1976 en adelante, en ese año y en el siguiente se registró una desinversión neta en el capital fijo, que alcanzó una marca de -3.7% en 1977.²

Sin duda, hay dos factores que tienen una influencia especial en la evolución de la economía británica: uno es el deterioro de la tasa de ganancia, que se refleja en el descenso de la acumulación de capital; otro es la presencia de políticas monetarias restrictivas, que bloquean la expansión del mercado interno y, consiguiente-

mente, las posibilidades de lograr una acumulación del capital en una escala más amplia. El análisis de estos fenómenos lleva a una explicación más profunda de la crisis de la economía británica.

La tendencia descendente de la tasa de ganancia se percibe en la comparación de las ganancias en la industria y el comercio, después de deducir la amortización: en 1970, al comenzar el decenio, la participación de las ganancias en el ingreso era de 8.7%, mientras que en 1977 había caído a 5.2%. En otros países capitalistas, como Estados Unidos y Canadá, hubo una recuperación de la rentabilidad en el mismo período, pero en Europa Occidental y en Japón se registró una tendencia similar a la del Reino Unido. Sin embargo, en todos los casos, el nivel de la rentabilidad fue más alto que en este país.

Participación de las ganancias de la industria y el comercio^a en el ingreso total, en porcentajes. Países escogidos

	1970	1977
Reino Unido	8.7	5.2
Canadá	9.3	11.3
Estados Unidos	6.3	8.5
Japón	17.1	—
Francia	22.6	16.9
RFA	13.5	7.5
Italia	8.8	8.2

a. Después de calculada la apreciación de los inventarios y la amortización del capital, antes del pago de impuestos.

Fuente: OCDE, *United Kingdom*, París, marzo de 1979.

Se puede incluir a Japón dentro de la comparación porque las mismas estadísticas de la OCDE muestran una tendencia declinante para ese país en el porcentaje de las ganancias brutas (después de calculada la apreciación de los inventarios): 42.8 y 34.3 por ciento sobre el ingreso global en 1970 y 1977, respectivamente. Aunque no hay cifras de la proporción de las ganancias industriales y comerciales respecto al ingreso, después de deducida la depreciación, el total de la proporción de las ganancias brutas sobre el ingreso muestra una situación más desfa-

Las informaciones que se reproducen en esta sección son resúmenes de noticias aparecidas en diversas publicaciones nacionales y extranjeras y no proceden originalmente del Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A., sino en los casos en que así se manifieste.

1. Cifras de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), tomadas de *United Kingdom, Main Economic Indicators and Economic Outlook*, París, marzo, noviembre y diciembre de 1979, respectivamente.

2. *Ibid.*

vorable para el Reino Unido que para Japón, dado que la proporción de las ganancias globales para el primero de estos países en 1977 es de 16.7%, en comparación con el 34.3%, ya mencionado, para Japón.

Estas comparaciones permiten señalar que, aunque la crisis británica sea similar a la de otros países capitalistas industrializados en términos de variación del producto bruto o de persistencia del desempleo, no lo es desde el punto de vista del deterioro de la situación del capital, que es mucho más profundo en el Reino Unido que en otros países. Como se verá, esta característica contribuye a explicar la situación peculiar de la crisis británica y la actual evolución política del país.

La recesión de 1974-1975, medida por la evolución del producto bruto, fue aproximadamente similar a la que sufrió Estados Unidos. Con relación a otros países de Europa Occidental, el receso fue, en general, más prolongado, dado que los dos años arrojaron un saldo negativo en el crecimiento, situación que sólo se dio, también, en Dinamarca y Suiza. Sin embargo, en uno de esos dos años muchos países sufrieron retrocesos en el producto mayores que los del Reino Unido. Por ejemplo, la RFA, Italia, Austria, Bélgica, Luxemburgo, Portugal y Suiza tuvieron recesos más profundos en 1975 y Grecia en 1974. Si bien es cierto que la recesión en estos países fue más corta, en el año en que la padecieron alcanzaron, en algunos casos, caídas mucho más profundas que las de Gran Bretaña. A modo de ejemplo puede mencionarse a Italia, con un decrecimiento del producto de 3.5% en 1975, o a Suiza, donde el receso se prolongó hasta el año siguiente después de una disminución real del producto de 7.3% en 1975 (en 1976 la tasa de crecimiento fue también negativa: -1.4%). Asimismo, la expansión de 1978 fue, en el Reino Unido, de 3.3%, una tasa similar al promedio de los cuatro países más importantes de Europa Occidental (en la RFA, la tasa de expansión de 1978 fue de 3.5%, en Italia de 2.6% y en Francia, aproximadamente igual a la del Reino Unido).³

Las políticas de austeridad anteriores

La reacción británica ante la crisis fue aplicar una política de austeridad un tanto demorada, pues abarcó desde la segunda mitad de 1976 hasta un año después,

3. *Ibid.*

procurando restaurar la confianza y disminuir la inflación. Estas medidas no tuvieron un carácter permanente pues, según el viejo modo de tratar las crisis de coyuntura, las presiones sindicales llevaron a una modificación de la política económica cuando la situación mejoró. En 1978 los términos del intercambio se tornaron más favorables y el petróleo contribuyó a fortalecer la libra esterlina en los mercados mundiales. La respuesta fue una reactivación de la demanda y un incremento de los salarios. La reactivación, quizá por ese motivo, no alcanzó a provocar una reanimación de la tasa de ganancia.⁴

A principios de 1978, año de expansión, el Reino Unido impulsó bajo la dirección laborista una política de reactivación general en los países capitalistas, a partir de un acuerdo que permitiera estabilizar el sistema monetario y financiero. La cumbre de Bonn, en julio de ese año, no logró resultados satisfactorios para garantizar una evolución de esa naturaleza, debido al rechazo de los dirigentes de la RFA y Japón a una política abiertamente expansiva que los llevara a tasas de inflación más elevadas.⁵

Sin la perspectiva de una expansión mundial y, por el contrario, frente a la reaparición de las tendencias recesionistas, la expansión británica tenía que naufragar. En realidad, las políticas seguidas a partir de la recesión de 1974-1975 no fueron plenamente expansivas, porque siempre contuvieron un ingrediente monetario restrictivo. Empero, la austeridad no fue tan intensa como parecían requerirlo las circunstancias, es decir, si se aceptan los supuestos de la política monetarista, el sistema económico sólo podía reactivarse dando mayor rentabilidad al capital, y eso únicamente se conseguiría con una baja de los salarios reales.

A fines de 1973, cuando empezó a

4. El presupuesto 1978-1979 y un panorama completo sobre la actividad económica en el Reino Unido en ese momento, que da una idea de la política del laborismo, puede encontrarse en la edición de *The Financial Times*, Londres, 12 de abril de 1978. Asimismo, véanse, en el mismo periódico, Samuel Brittan, "The comeback of sterling. Nearly too late for a stronger pound"; Anthony Harris, "Britain as an incurable depressed area", y el informe "British Exports", en las ediciones del 1 de noviembre de 1977, 30 de marzo de 1978 y 27 de junio de 1978. Un análisis detallado sobre la evolución económica del Reino Unido en 1978 en *National Institute Economic Review*, núm. 87, Londres, febrero de 1979.

5. Véase "La guerra fría de los ricos", en *Comercio Exterior*, vol. 28, núm. 7, México, julio de 1978, pp. 782-786.

notarse la recesión, la política monetaria quedó incorporada a la estrategia anti-inflacionaria. Se trató de contrarrestar el efecto inflacionario de la deuda pública y en los años siguientes se consiguieron resultados auspiciosos. Así, por ejemplo, los requerimientos financieros anuales del sector público fueron descendiendo de 9 800 millones de libras esterlinas en el presupuesto 1975-1976 a 3 800 millones en el de 1977-1978. En el mismo período, el déficit del sector público pasó de 8 300 millones de libras esterlinas a 6 100 millones.⁶ En 1975 se desarrolló una política de control y de acuerdos con los sindicatos.

El Reino Unido contaba en 1977 con un producto interno bruto, a costo de factores y a precios corrientes, de 123 353 millones de libras esterlinas. Puesto que la cotización promedio de la libra fue ese año de 1.7455 dólares,⁷ esa cifra equivale a unos 215 313 millones de dólares corrientes (a precios de mercado, el cálculo del PIB efectuado por la OCDE para el mismo año era de 244 300 millones de dólares, que correspondía a 4 370 dólares per cápita para una población de casi 56 millones de habitantes). La inversión fija a precios corrientes, para el mismo año, fue de 25 429 millones de libras esterlinas, 4.85% del PIB. Dicha inversión fija cayó ese año 3.7% con respecto al anterior y tuvo un comportamiento declinante por cuarto año consecutivo. Vale decir que si bien la caída del producto abarcó sólo dos años (1974 y 1975), la inversión fija siguió decreciendo en los dos años sucesivos (1976 y 1977).⁸ Este dato refuerza la hipótesis de un peculiar debilitamiento del capital e indica el poco éxito obtenido por los programas de recuperación de esos años, a pesar de que desde 1976 se aplicó en forma constante una política monetaria recesiva. La mejora de 1978 se explica por los resultados favorables en las cuentas externas.

El fortalecimiento de la libra esterlina

En efecto, en 1976 las exportaciones fueron de 45 700 millones de dólares y las importaciones de 52 100 millones, con lo que el saldo comercial fue negativo en 6 400 millones de dólares. El rubro de invisibles significó ese mismo año un aporte neto de 4 400 millones de dólares con lo que la balanza en cuenta corriente tuvo un saldo negativo de 2 000 millones.

6. Cifras compiladas por la OCDE.

7. Dato calculado por el FMI.

8. Datos tomados de la OCDE.

El ingreso de capital neto a largo plazo sobrepasó levemente el saldo negativo de la balanza en cuenta corriente, pero hubo una salida neta de capital a corto plazo (incluyendo errores y omisiones en la balanza de pagos) y el cambio en las reservas internacionales fue de -1 500 millones de dólares, de tal manera que éstas se ubicaron en los 4 230 millones de dólares (se trata de reservas totales, con oro valuado a 35 dólares la onza).⁹

La situación en la balanza de cuenta corriente y en las reservas cambió sustancialmente en 1977. Las exportaciones ascendieron a 56 600 millones de dólares y las importaciones a 59 600 millones, con lo que el déficit comercial se redujo a 3 000 millones. Debido a que los invisibles aportaron ese año 3 700 millones, la balanza en cuenta corriente fue positiva en 700 millones de dólares. En 1977 se produjo un cambio muy importante en la posición de la libra esterlina en los mercados de cambio, pues a principios de ese año la moneda británica empezó a ganar terreno en su relación con el dólar y las colocaciones en el mercado londinense volvieron a ser relativamente atractivas. Dado que dicha mejora en los rendimientos se daba en el marco de un descenso de la tasa de inflación y de una recuperación del valor de la moneda, frente a una inflación creciente en Estados Unidos y a un deterioro del dólar, muchos capitales se desplazaron hacia el Reino Unido. De esa manera, en 1977 hubo un ingreso masivo de capitales a largo y a corto plazo y las reservas se incrementaron en 16 600 millones de dólares, hasta alcanzar una magnitud de 21 057 millones de la misma moneda (valuando el oro a 35 dólares la onza).

En 1978 la balanza comercial continuó mejorando, pero disminuyeron los ingresos por invisibles y hubo retiro especulativo de capitales, por lo que las reservas cayeron en cerca de 5 000 millones de dólares. De cualquier manera, la libra esterlina siguió mejorando su cotización con respecto al dólar y en 1979 se ubicó en el nivel de cinco años atrás. En la actualidad el precio de la libra se acerca a 2.30 dólares por unidad.

La mayor solidez en la posición de la libra esterlina fue el resultado del aporte del petróleo, que permitió disminuir el déficit comercial británico y creó una área de inversión relativamente restringida. La fortaleza de la libra en las nuevas

condiciones hizo el resto, atrayendo capitales a la plaza londinense. Sin embargo, todavía no se había puesto en marcha un régimen de completa restauración de las condiciones de inversión. La política monetaria contribuyó a disminuir el déficit fiscal y a restringir el gasto público, pero la estrategia de los laboristas estaba atada, de una u otra manera, al compromiso de restaurar parcialmente el valor adquisitivo de los salarios en cuanto hubiera un período de mayor actividad. Y como el problema del capitalismo británico reside en su baja rentabilidad, la restauración siempre se quedaba a medio camino. En 1978 se perfiló la necesidad de tomar medidas más profundas para restaurar la rentabilidad y los conservadores, con Margaret Thatcher a la cabeza, tomaron la ofensiva.

Se señaló más arriba que fueron dos los factores que impidieron una reanimación, aunque fuese cíclica, de la economía británica: la caída de la tasa de ganancia y la aplicación continuada de políticas monetarias restrictivas. El primero ya se analizó y expresa una particular debilidad del capitalismo británico con respecto al del resto de Europa Occidental. En lo que atañe a la política monetaria hay que decir que ésta cumple su cometido cuando es fácil restaurar la tasa de ganancia. Cuando no es así y no hay una modificación de fondo de la política salarial, el nivel de las ganancias sigue siendo bajo y no hay manera de recomponer la inversión. Por ese motivo, los sectores empresariales y la derecha comprendieron que la única manera de lograr que la inversión se recuperara era modificando la distribución del ingreso, con un ataque a fondo contra los salarios que transformara el *welfare state* del laborismo y de los sindicatos. Para hacerlo, sólo había que reunir la suficiente base social que pudiera imponerlo en las elecciones generales.

Antes de examinar las condiciones sociales y políticas que prepararon las condiciones para realizar la reforma conservadora e intentar la restauración de las ganancias, hay que pasar revista a algunas de las características del capitalismo británico. De su análisis puede surgir también una apreciación más adecuada sobre la solidez de las reformas actuales.

La economía británica de posguerra

No es una casualidad que el capitalismo británico sea el menos rentable de Europa Occidental. No es el nivel de vida rela-

tivamente elevado de la clase obrera británica lo que deprime las ganancias, puesto que ese nivel de vida es el más bajo de los países capitalistas industrializados, con excepción de Italia, sino el atraso relativo de la estructura productiva del país. En efecto, el Reino Unido tiene un producto interno bruto de 4 370 dólares per cápita, que representa la mitad del de Estados Unidos y de la RFA. Por otra parte, todos los países capitalistas europeos tienen una larga tradición socialdemócrata y han incorporado, de una u otra manera, los principios del bienestar a sus condiciones normales de vida. El problema del Reino Unido es que, ante la pérdida de competitividad y el deterioro del sistema económico, el *welfare state* se ha convertido en una carga tan difícil de soportar como de eliminar.

El deterioro tiene su origen en la reconstrucción posterior a la segunda guerra mundial. El Reino Unido salió de la contienda como si hubiese sido un país derrotado. Las deudas de guerra y los préstamos para la reconstrucción hubo de pagarlos a Estados Unidos con la liquidación paulatina del Imperio, que empezó con la supresión de las preferencias que aseguraban en sus dominios el monopolio de las mercancías británicas. Además, debió postergar la devaluación de la libra para limitar su poder de competencia y tuvo que vender gran parte de su cartera de inversiones en ultramar, que tradicionalmente le sirvió para equilibrar su balanza en cuenta corriente, mediante el ingreso de los intereses y dividendos de sus inversiones y préstamos en el exterior.¹⁰

El esfuerzo de posguerra impidió que la industria británica pudiera transformarse con la misma celeridad que la de la RFA, Japón o Francia y en la reorganización mundial quedó atrás de estos países. El deterioro británico fue, en realidad, una larga agonía disimulada por la opulencia del pasado y por su condición de aliado, que se convirtió en dependencia, del capitalismo estadounidense.¹¹ Muchas

10. Véase George Harring Jr., "The United States and British bankruptcy, 1944-45: Responsibilities deferred", en *Political Science Quarterly*, vol. LXXXVI, Nueva York, junio de 1971. Una interesante síntesis sobre el carácter de las relaciones británico-estadounidenses en ese período puede encontrarse en Michael Hudson, *Super Imperialismo. La estrategia económica del imperio norteamericano*, Dopesa, Barcelona, 1973.

11. Véanse Angus Maddison, *Economic growth in the West; comparative experience in Europe and North America*, Allen and Unwin,

9. Cifras del FMI y de la OCDE.

industrias, retrasadas tecnológicamente, subsistieron gracias a los subsidios directos o encubiertos del Estado y una parte de la posible desocupación se disfrazó de empleo público.

Los laboristas pusieron en práctica, en los últimos años, una política de austeridad mediante la restricción monetaria. En el campo de los salarios, su ofensiva llegó hasta el acuerdo social para impedir alzas que deprimieran aún más las ganancias. Empero, la política de restricción monetaria y el acuerdo social resultaron insuficientes para dotar de mayor rentabilidad a un capital estructuralmente débil. Por el contrario, esas medidas, relativizadas en los momentos de expansión por la presión de los sindicatos, no hicieron más que cansar a una gran parte del electorado, que vio en el programa conservador una ilusión de prosperidad y de restauración de las glorias del pasado.

El retorno de los conservadores

El éxito de los conservadores británicos no es un fenómeno aislado en Europa. Por el contrario, la crisis económica y la impotencia socialdemócrata para enfrentarse a ella generaron una ofensiva de derecha en favor del retorno al liberalismo, la liquidación de las bases de la economía nacionalizada y la reprivatización de los servicios públicos que, en su momento, se reflejó en las elecciones para el Parlamento Europeo. Una gran parte de la clase media y de los obreros calificados confió en salir de la crisis con las fórmulas de Milton Friedman. Con ese programa, el Partido Conservador, encabezado por Margaret Thatcher, ganó las elecciones del 3 de mayo de 1979, logrando una ventaja de más de 2 millones de votos (7% del total) con respecto al laborismo.

Muchos pensaron que, una vez ganadas las elecciones, el Partido Conservador retrocedería ante el sindicalismo como en experiencias anteriores. El discurso del Trono, en el que la reina Isabel II expuso el programa del nuevo gobierno, es el Manifiesto del Partido Conservador, apenas retocado. Según los conservadores, la impotencia laborista y la resistencia sindical hicieron impopulares a las *trade unions*. Esa situación social y política permite una ofensiva a fondo contra todos los valores y principios defendidos por los

laboristas y los sindicatos, que alcanza a la economía nacionalizada y a los servicios públicos.¹² Si el presupuesto sirvió para subsidiar a las empresas débiles y faltas de competitividad, para encubrir el desempleo y para mantener la seguridad social y equilibrar de alguna manera las diferencias de ingresos, el nuevo programa promueve la concentración económica en aras de la eficiencia, reduce los gastos sociales, limita el presupuesto para las regiones atrasadas y se propone despedir 20% de los empleados públicos hasta 1982, aunque, por el contrario, incrementa los gastos militares y refuerza la participación británica en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Con respecto al poder sindical y a los salarios, Thatcher puso en marcha una legislación restrictiva de derechos y limita los aumentos en el sector nacionalizado, pero seguramente tendrá que tomar medidas de intervención también en el área privada, para enfrentarse a los conflictos en ciernes o los que ya han estallado por nuevos aumentos salariales. Los empresarios, en su gran mayoría, apoyan al Gobierno: se sienten alentados por la liquidación del control de precios, la reducción de los impuestos y, naturalmente, por la contención de los sindicatos; sin embargo, admiten que no será fácil cortar el gasto público en una fase de recesión.¹³

La aplicación del programa conservador llevará a una declinación de la actividad económica en el presente año. La prioridad será contener la inflación mediante una combinación de la restricción del gasto público y la expansión monetaria decreciente. La diferencia con respecto al pasado inmediato reside en que esta política de restricción monetaria incluye una ofensiva más a fondo contra el gasto público y, sobre todo, contra el nivel del salario real. La falta británica de competitividad es, ante todo, fruto de una insuficiente acumulación de capital. La inversión productiva no pudo ser restaurada manteniendo deprimida la tasa de ganancia. Debido a que la ganancia no se puede recuperar en forma inmediata renovando el capital y mejorando las condiciones de competencia, la operación se hará mediante una transferencia de ingresos que elevará las ganancias a costa del

salario y permitirá, si las cosas van bien, un futuro crecimiento de la inversión productiva. El acento sobre la modernización capitalista basada en la desvalorización del salario en un plazo más que coyuntural es lo que constituye la diferencia entre el actual programa conservador y la austeridad del pasado, apenas basada en restricciones monetarias y limitaciones parciales a la valorización de la fuerza de trabajo.

Una de las grandes esperanzas conservadoras es provocar un descenso de tres puntos en la tasa de inflación, entre el último trimestre de 1979 e igual período de 1980. En caso de que tengan éxito las estimaciones del Tesoro para 1980, el aumento de los precios al consumidor declinará, en el período mencionado, de 17 a 14 por ciento. Si se tiene en cuenta que la tasa de 17% incluye los efectos del impuesto al valor agregado, la reducción de tres puntos aparece como bastante poco alentadora para un cambio tan importante. En el plano de los ingresos fiscales, la aplicación del IVA asegura una mayor recaudación, a la que se le agregará una imposición más elevada al petróleo del Mar del Norte. Sin embargo, los requerimientos financieros del sector público proseguirán siendo más elevados de lo que se deseaba y a ello contribuye, indudablemente, la esperada retracción en el producto. La menor inflación evitará una caída más fuerte en el consumo, que también estará contrarrestada por una tasa menor de ahorro. En lo que respecta a la política monetaria, a mediados de noviembre pasado se incrementó en tres puntos la tasa mínima de interés a 17%, para fomentar la contracción del crédito. En este aspecto se siguió la tendencia preexistente, adecuándola a las condiciones del mercado financiero internacional.¹⁴

Las relaciones con la CEE

El programa conservador con relación a la Comunidad Económica Europea (CEE) proponía limitar los desacuerdos y resolver los conflictos, evitando que éstos se exacerbaban. El Reino Unido defendería más sus intereses, pero con una participa-

Londres, 1964, y ONU, *Facteurs de la croissance économique en Europe (1949-1959)*, vol. II del *Etude sur la situation économique de l'Europe en 1961*, Ginebra, 1961.

12. Véase Mónica Charlot, "El retorno de los conservadores británicos al poder. Del programa electoral a las realidades", en *Le Monde Diplomatique en español*, México, junio de 1979.

13. Véase "Is Maggie losing the new battle of Britain?", en *U.S. News & World Report*, Washington, 24 de diciembre de 1979.

14. Véase la edición sobre el presupuesto 1980-1981 de *The Financial Times*, Londres, 2 de noviembre de 1979, y, además, del mismo periódico, Peter Riddell, "Lending rate raised to record 17%" y "Government regains initiative in financial markets"; "Output fall, double-figure inflation to continue" y Samuel Brittan, "Recession with a productivity lining", del 16, 17 y 23 de noviembre y del 6 de diciembre de 1979.

ción más decidida en el Mercado Común. Con respecto a Estados Unidos se vislumbraba una política estratégica y militar plenamente solidaria, pero guardando distancias en otros aspectos, entre ellos el económico.

La experiencia de la primera discusión europea fue bastante desalentadora para Thatcher. La Primera Ministra abogó por una disminución considerable en el aporte británico al presupuesto de la Comunidad y se encontró con una contraoferta mínima, que no llenaba sus aspiraciones. Aunque no hay que subestimar el mal efecto que produjo en los líderes europeos la forma en que Thatcher abordó el problema, es indudable que se trata de un asunto de difícil solución. La Primera Ministra planteó el asunto de manera desagradable, subestimando las dificultades políticas que sus demandas podían generar en otros países, así como el criterio que los europeos tienen de lo que se ha dado en llamar la lógica de la Comunidad. Los recursos aportados por cada país tienen carácter comunitario, o sea, no son aportes británicos o franceses para la Comunidad, sino de la Comunidad para la Comunidad. Sin embargo, a pesar de que se ha aceptado dicho criterio, la dirigente conservadora británica argumentó siempre acerca de lo mejor empleado que podría haber estado el aporte británico si se hubiera utilizado en su país, y para colmo, al referirse a dicho aporte, no cesaba de hablar de "su" dinero, en un tono que, por momentos, parece haber encrepado los ánimos de sus colegas.

La principal cuestión de fondo reside en la política agrícola. El presupuesto se gasta principalmente en una política agrícola que no es favorable al Reino Unido. En ese plano, el alegato de Thatcher se apoyaba en una lógica indiscutible y, además, el Reino Unido tiene capacidad de bloquear los acuerdos agrícolas. Sin embargo, en la Comunidad no se puede hablar de medidas extremas. La Primera Ministra rechazó la oferta de una mínima reducción del aporte británico y continuó presionando. El problema volverá a tratarse en la próxima cumbre de la Comunidad. Entretanto, el episodio contribuyó a restar popularidad a la adhesión británica a la CEE.¹⁵

15. Véanse "EEC proposals may fall short of UK budget demands", Jonathan Carr y otros, "Leaders prepare for Common Market summit", Guy de Jonquieres, John Wyles y otros, "Britain rejects £ 340 m cuts offer at Dublin summit", Guy de Jonquieres, "Britain and the

Uno de los aspectos más graves de la crisis británica es su declinante productividad internacional. Ella se refleja en la evolución de sus cuentas externas. Más arriba se vio que, gracias al petróleo y a la mayor fortaleza de la libra, las cosas habían evolucionado favorablemente; en 1977 y 1978 se registraron saldos favorables en la balanza de cuentas corrientes. En 1979 la situación comercial se modificó y fue desastrosa. La balanza comercial arrojó el saldo más desfavorable desde 1974 (más de 3 200 millones de libras esterlinas, según datos provisionales) y la balanza de cuenta corriente tuvo el déficit más grande desde 1957 (más de 2 400 millones de libras), debido a una seria caída en las exportaciones (de alrededor de 1 000 millones de libras) por las menores ventas a Irán y a Nigeria y por conflictos sindicales en las industrias de exportación. Además, se redujeron los ingresos por invisibles. Súbitamente, en el sector externo apareció un panorama verdaderamente desalentador.¹⁶

El porvenir de las reformas conservadoras

Los conservadores llegaron al poder prometiendo una gran reforma. Los británicos votaron por ella, creyendo que los problemas se iban a resolver con facilidad y, sobre todo, que la mejora iba a notarse con prontitud. Los últimos análisis políticos no son muy alentadores para la "Dama de Hierro" y su partido. Al parecer, nadie está conforme con lo obtenido. La clase media creyó que con el corte en los gastos públicos, la inflación iba a retroceder. En cambio, se encontró con mayores impuestos al consumo, menor seguridad social y con precios que siguen subiendo. Los obreros ven atacar sus conquistas y se enfrentan al Gobierno en numerosos conflictos. El Gobierno, hasta ahora, ha sido cauto al respecto porque teme las consecuencias, pero los conflictos no se han detenido. En enero estaban en huelga los trabajadores del agua potable, los de la industria del acero y de la British Airways y pendía una amenaza de huelga de los obreros de la industria del carbón, que siempre han provocado graves dificultades a la economía británica. El gobierno conservador podría llegar a

EEC: on an uphill road from the summit" y Ian Davidson, "European lesson for Mrs. Thatcher" en *The Financial Times*, 1 y 19 de noviembre y 1, 3 y 10 de diciembre de 1979, respectivamente.

16. Véase AP-Dow Jones, "Gran Bretaña, incapaz de elevar sus exportaciones y de reducir sus compras; crece su déficit", en *Excelsior*, México, 16 de enero de 1980.

apelar al ejército para contener las huelgas, pero ello podría llevar a una grave confrontación. Entretanto, el entusiasmo inicial por el corte de impuestos se diluye. El gasto público, finalmente, creció 16% porque de otra manera la recesión sería más grave. Los empresarios pagan altas tasas de interés y los pronósticos con respecto a las ganancias para el presente año indican una caída de 8%, en comparación con una reducción de 2% para 1979. El crecimiento de la productividad promedio por trabajador es, por lo menos, la mitad de lo que era en el decenio 1963-1973, cuando la marca estaba en 3.5% anual.¹⁷

El Instituto Nacional de Investigaciones Económicas, entidad que publica la *National Institute Economic Review*, y que cuenta con reconocido prestigio por la objetividad de sus estudios y estimaciones sobre la economía británica, afirmó que la política anti-inflacionaria basada en el esquema friedmaniano no tendrá éxito, porque en el Reino Unido no hay un exceso de demanda. Quizá, la clave de la situación británica sea precisamente la insuficiencia de abordar una crisis de acumulación de capital deteriorando el mercado interno, cuando todo el mundo sabe que —en los países capitalistas industrializados— el mercado interno es una fuente de acumulación imposible de desplazar. La medida, si tuviera aplicación transitoria, sería viable en tanto el Reino Unido pudiera acrecentar su penetración en los mercados mundiales, pero la crisis de acumulación se refleja en una baja de productividad debido a un equipo de producción que ha quedado retrasado con respecto al de sus contendientes comerciales. El programa de Thatcher descansó en la posibilidad de lograr una mayor acumulación y renovar el equipo de producción y, con ello, la capacidad competitiva de la Gran Bretaña en función de una desvalorización de los salarios. Sin embargo, las condiciones internacionales limitan los efectos que pudiera tener la aplicación de ese programa, el que, además, se enfrenta con reacciones sociales que podrían poner en peligro la estrategia conservadora si sus resultados no se obtienen antes de las próximas elecciones de 1982, un plazo que empieza a parecer muy breve para muchos observadores. □

17. Véanse "Britain in the 1980s", *The Economist*, Londres, 29 de diciembre de 1979, "Is Maggie losing...?", en *U.S. News & World Report*, op. cit., y "Marcada caída sufrirán las utilidades en GB", en *Excelsior*, 11 de octubre de 1979.